

*La ascensión:
Una doctrina
descuidada*

Justo L. González

EDITORIAL MUNDO HISPANO

Editorial Mundo Hispano

130 Montoya Road
El Paso, Texas 79932, EE. UU. de A.
www.editorialmundohispano.org

Nuestra pasión: Comunicar el mensaje de Jesucristo por medios impresos y digitales, a fin de animar y apoyar la formación de sus discípulos.

La ascensión: Una doctrina descuidada. © Copyright 2022, Editorial Mundo Hispano, 130 Montoya Road, El Paso, Texas 79932, Estados Unidos de América. Todos los derechos reservados. Prohibida su reproducción o transmisión total o parcial, por cualquier medio, sin el permiso escrito de los publicadores.

Las citas bíblicas han sido tomadas de la Santa Biblia: Versión Reina-Valera Actualizada 2015. © Copyright 2014, Editorial Mundo Hispano. Usada con permiso.

Diseño de la portada: Adriana Chavez Hyslop

Primera edición: 2022

Clasificación Decimal Dewey: 232.97

Tema: Jesucristo/Ascensión

ISBN: 15061

EMH Núm. 978-0-311-15061-8

1 M 12 22

Impreso en Colombia
Printed in Colombia

Contenido

Abreviaturas iv

Introducción v

Primera parte: *La ascensión en la Biblia y en la historia*

Capítulo 1: La ascensión en el Nuevo Testamento 1

Capítulo 2: La doctrina de la ascensión en los primeros siglos 17

Capítulo 3: El lugar de la ascensión en la teología Ireneo 27

Capítulo 4: El Día de la Ascensión como celebración especial 37

Capítulo 5: La predicación antigua en el Día de la Ascensión 45

Capítulo 6: La ascensión en la Edad Media 53

Capítulo 7: La ascensión a partir de la Reforma 65

Segunda parte: *Reflexión*

Capítulo 8: Penúltimas palabras: Resumen y reflexión 79

Tercera parte: *Textos*

Capítulo 9: Juan Crisóstomo 97

Capítulo 10: Agustín de Hipona 99

Capítulo 11: León el Grande	101
Capítulo 12: Jacobo de Sarug	103
Capítulo 13: Bernardo de Claraval	105
Capítulo 14: Martín Lutero	107
Capítulo 15: Juan Calvino	111
Capítulo 16: Karl Barth	113
Capítulo 17: Dietrich Bonhoeffer	115

Abreviaturas

BAC	Biblioteca de Autores Cristianos
CBI	Comentario Bíblico Iberoamericano
CR	Corpus Reformatorum
GAF	Grandes Autores de la Fe
LWeimar	Luthers Werke (Weimar Ausgabe)
LWalsh	Luthers Werke (Walsh Ausgabe)
PG	Patrologia Graeca (Migne)
PL	Patrologia Latina (Migne)

Introducción

Hace casi siete décadas que, en una de mis primeras clases de teología, le pregunté al profesor si después de la ascensión Jesús sigue siendo humano. Me dijo que no. Pero el próximo día tuvo la valentía de declarar que después de la clase había pensado y estudiado más acerca de mi pregunta, y que tenía que confesar que había errado. Aquel maestro no era el profesor titular de teología, sino que estaba sirviendo de sustituto. Supongo que si yo le hubiera planteado la misma pregunta al titular su respuesta habría sido diferente. Pero en todo caso aquella experiencia es clara señal de que la ascensión de Cristo es al mismo tiempo una de las doctrinas más conocidas de la fe cristiana, y una de las menos explorada y predicada. Prueba de ello es que cuando temprano en el siglo XX un grupo de eruditos produjo el monumental *Dictionnaire de théologie catholique* —un diccionario enciclopédico en 33 volúmenes— aparentemente se le olvidó incluir un artículo sobre la ascensión, y se vieron obligados, al final del proyecto, a incluir unas notas en el Índice.

Si en aquel gran diccionario católico se pasó por alto el tema de la ascensión, no ha de extrañarnos el que lo mismo suceda en muchas iglesias evangélicas, en las que la atención que se le presta a la ascensión puede clasificarse en tres niveles:

En primer lugar, la mayoría de tales iglesias no sigue del calendario cristiano sino la Semana Santa y la Navidad. Por lo tanto, apenas si se menciona la ascensión, o se habla de ella como si no fuera más que una especie de apéndice a la historia de Jesús. Frecuentemente se la ve sencilla y únicamente como un modo de explicar por qué el cuerpo resucitado de Jesús no está con nosotros. O se habla de ella como el principio de un largo paréntesis entre la primera y la segunda venidas del Señor, o entre su resurrección y el juicio final.

En segundo lugar, hay otro nivel de conciencia de la ascensión en las iglesias que usan alguno de los credos tradicionales. El de uso más común

es Credo Apostólico, que dice literalmente: “ascendió al cielo, y se sentó a la diestra de Dios”. Pero frecuentemente en tales iglesias, puesto que se le presta poca atención al calendario cristiano, no hay ocasión para predicar sobre la ascensión, o para estudiar su significado, aunque se la mencione repetidamente al recitar el Credo.

Por último, en tercer lugar, en las iglesias que siguen todo el año cristiano es inevitable al menos mencionar la ascensión 40 días después del día de Pentecostés, siguiendo lo que dice Hechos 1:3. En muchas de ellas hay un servicio especial en el Día de la Ascensión, y se predica sobre el tema. En otras, aunque se sigue el calendario cristiano, el hecho de que el Día de la Ascensión siempre cae en el día jueves hace que sencillamente se le mencione el domingo anterior, pues el que le sigue es siempre Pentecostés, y ese día la atención se enfoca en el Espíritu Santo.

En todo caso, no importa si se la menciona y estudia o no, raras veces se habla de la ascensión como parte de la obra salvadora de Jesucristo. Es como si Jesucristo nos salvara únicamente mediante la cruz, y quizá también mediante la resurrección; pero no mediante la ascensión.

Todo esto nos obliga a señalar que el descuido de la doctrina de la ascensión —y en consecuencia también de la fiesta o Día de la Ascensión— no es una omisión sin importancia, sino que es reflejo de una condición más grave. Es reflejo de una visión truncada de la obra salvífica de Jesucristo y, por tanto, de una visión truncada de la salvación y de la vida cristiana.

Es por tanto hora de que le dediquemos más atención a la ascensión, no ya solamente como un apéndice a la resurrección o como un preludeo a la segunda venida de Jesús, sino como doctrina fundamental, sin la cual se descuidan aspectos importantes de la fe cristiana. Ese es el propósito de este breve ensayo, que no pretende ser más que una invitación a la reflexión profunda acerca de esta doctrina harto descuidada, y rara vez discutida.

Por razones obvias, nuestro estudio empezará por un repaso y análisis de los principales pasajes en el Nuevo Testamento que se refieren a la ascensión de Jesucristo. Luego, en el capítulo 2, haremos un breve repaso de lo que dicen acerca del tema otros documentos de la antigüedad cristiana; no porque tales documentos tengan una autoridad paralela a la del Nuevo Testamento, sino porque nos ayudan a reflexionar sobre el

Nuevo Testamento mismo, y a entender mejor sus referencias a la ascensión. En el capítulo 3 centraremos nuestra atención en la teología de Ireneo, pues entre todos los autores de los primerísimos siglos es Ireneo quien más nos ayuda a tener una visión más amplia de la ascensión dentro del plan salvífico de Dios.

Por otra parte, no hemos de olvidar que la ascensión no es solo una doctrina, sino que es también una celebración especial dentro del calendario cristiano. Es una celebración que, por razones fácilmente comprensibles, tiene lugar entre el domingo de Resurrección y el de Pentecostés, 40 días después de la primera de estas dos festividades. En el capítulo 4 veremos que, aunque la ascensión misma siempre fue parte de la fe cristiana, no fue sino algo más tarde que se instituyó una festividad especial para celebrarla, el Día de la Ascensión.

De ahí pasaremos, en los capítulos 5 al 8, a un rapidísimo estudio del modo en que algunos de los pensadores cristianos más importantes han entendido la importancia y consecuencias de la doctrina de la ascensión para la fe y vida cristianas.

Pero ciertamente la ascensión plantea algunas dificultades que no debemos eludir. La más importante de ellas —sobre todo ahora que tenemos cierta idea de la enormidad del universo— es lo que queremos decir al afirmar que Jesús ascendió al cielo. Sobre esto trataremos en el capítulo 8.

Por último, como estímulo a una reflexión más amplia, ofreceremos una serie de pasajes breves en los que algunos de los grandes personajes en la historia de la iglesia nos ayudan a entender la ascensión y sus implicaciones. En algunos casos, pasajes a los que nos habremos referido en los capítulos anteriores, y que nos parece útil ofrecer más ampliamente para su mejor comprensión y estudio.

Pasemos entonces a nuestro estudio no solamente, como es necesario en cualquier estudio, con la mente abierta a nuevas ideas y descubrimientos, sino también, como es necesario en todo estudio cristiano, con los oídos abiertos a la palabra que Dios tenga para nosotros, y con el corazón abierto para sentir y hacer lo que esa palabra nos indique.

PRIMERA PARTE

*La ascensión en
la Biblia y en
la historia*

CAPÍTULO 1

La ascensión en el Nuevo Testamento

Cuando empezamos a estudiar el tema de la ascensión en el Nuevo Testamento, de inmediato nos vienen a la mente los dos pasajes que la cuentan, uno al fin de Lucas y el otro al principio de Hechos. Por tanto —y porque toda doctrina cristiana se basa en lo que Dios ha hecho— empezaremos nuestro estudio examinando esos dos pasajes, que tratan del hecho mismo de la ascensión.

De todos los evangelistas, solamente Lucas continúa su narración más allá de la resurrección de Jesús y sus apariciones a los discípulos. (El llamado “fin largo” de Marcos, que no aparece en los mejores manuscritos, sí la menciona: “Después que les habló, el Señor Jesús fue recibido arriba en el cielo y se sentó a la diestra de Dios” [Mar. 16:19]). Volviendo a Lucas, él sí continúa la historia más allá de su Evangelio. Lo que es más, la continúa por varios años en el libro de Hechos. El vínculo entre esos dos libros de Lucas es la historia de la ascensión, pues con ella termina el Evangelio de Lucas y con ella se abre el libro de Hechos.

En el Evangelio de Lucas leemos:

Entonces él los llevó fuera hasta Betania y, alzando sus manos, los bendijo. Aconteció que al bendecirlos, se fue de ellos y era llevado arriba al cielo (Luc. 24:50, 51),

Y en Hechos:

Después de decir esto, y mientras ellos le veían, él fue elevado; y una

nube le recibió ocultándole de sus ojos. Y como ellos estaban fijando la vista en el cielo mientras él se iba, he aquí dos varones vestidos de blanco se presentaron junto a ellos, y les dijeron:

—Hombres galileos, ¿por qué se quedan de pie mirando al cielo? Este Jesús, quien fue tomado de ustedes arriba al cielo, vendrá de la misma manera como le han visto ir al cielo.

Entonces volvieron a Jerusalén desde el monte que se llama de los Olivos (Hech. 1:9-12).

Algunos comentaristas han rebuscado y exagerado las diferencias entre estos dos pasajes diciendo, por ejemplo, que en Lucas la ascensión tiene lugar el mismo día de la resurrección, mientras que en Hechos es 40 días más tarde. También dicen que en Lucas la ascensión ocurre en Betania, y en Hechos es en el monte de los Olivos o del Olivar. Pero tales supuestas diferencias no lo son, pues el Evangelio de Lucas no dice explícitamente que la ascensión fuera el mismo día de la resurrección, y Betania estaba en la ladera del monte de los Olivos. Donde sí hay una diferencia es en el propósito de cada una de las dos narraciones: la del Evangelio sirve de cierre a ese libro, mientras que la de Hechos sirve de introducción a ese otro libro. Para cerrar su Evangelio, Lucas no tiene que decir mucho acerca de lo que aconteció inmediatamente después de la ascensión. Basta con decir que “regresaron a Jerusalén con gran gozo” (Luc. 22:52). Pero la historia de la ascensión en Hechos tiene el propósito contrastante de servir de introducción a este segundo libro, y por eso Lucas, antes de decir, como dijo antes, que volvieron a Jerusalén, añade lo que será la promesa que guiará toda la esperanza de los cristianos en Hechos: “Este Jesús, quien fue tomado de ustedes arriba al cielo, vendrá de la misma manera como le han visto ir al cielo” (Hech. 1:11). Y esa promesa tiene también el propósito de llevar a los discípulos a no quedarse mirando al cielo, como si la tierra no importara: “Galileos, ¿por qué estáis mirando al cielo?”. Todo el libro de Hechos será la historia de estos y otros discípulos, todos comprometidos con la misión en la tierra precisamente porque esperan que este Jesús quien ascendió al cielo es el mismo que volverá del cielo.

Es por razón de esa diferencia que las dos narraciones muestran también una diferencia en cuanto al contenido. La del Evangelio nos cuenta lo que Jesús hizo antes de su partida; la de Hechos, culmina con la promesa de su retorno. En Lucas, antes de la ascensión, Jesús les pide a los discípulos de comer, y come con ellos. En esa cena les da una especie de resumen de su vida y obra:

Y les dijo:

—Estas son las palabras que les hablé estando aún con ustedes: que era necesario que se cumplieran todas estas cosas que están escritas de mí en la Ley de Moisés, en los Profetas y en los Salmos.

Entonces les abrió el entendimiento para que comprendieran las Escrituras, y les dijo:

—Así está escrito, y así fue necesario que el Cristo padeciera y resucitara de los muertos al tercer día; y que en su nombre se predicara el arrepentimiento y la remisión de pecados en todas las naciones comenzando desde Jerusalén. Y ustedes son testigos de estas cosas (Luc. 24:44-48).

De aquí, el Evangelio pasa a la promesa del Espíritu Santo: “He aquí yo enviaré el cumplimiento de la promesa de mi Padre sobre ustedes” (Luc. 24:49). En contraste, en Hechos lo que se promete no es solamente el Espíritu Santo, cuya presencia y obra serán el tema de todo el libro, sino también el retorno de Jesús: “Este Jesús, quien fue tomado de ustedes arriba al cielo, vendrá de la misma manera como le han visto ir al cielo” (Hech. 1:11). Naturalmente, no hay contradicción alguna entre las dos obras del mismo autor. En el Evangelio, Jesús anuncia no solo su muerte y resurrección, sino también su retorno: “...el Hijo del Hombre cuando venga en su gloria” (Luc. 9:26). Ambos libros anuncian la promesa del Espíritu Santo y el retorno de Jesús. Pero si juntamos las dos narraciones de la ascensión, notando que una viene después de una cena, y la otra culmina con el regreso del Señor “como le han visto ir al cielo” (Hech. 1:11), lo notable es que en ambos libros la ascensión va unida a una afirmación de la humanidad del Señor no solamente en la tierra (en el Evangelio, con una comida), sino también después de su ascensión (en Hechos, en las palabras de los dos varones).

En cierto modo, los “dos varones vestidos de blanco” parecen ser los mismos “dos varones con vestiduras resplandecientes” que les anunciaron a las mujeres la resurrección de Jesús” (Luc. 24:4). Muchos han notado que tanto en su Evangelio como en Hechos Lucas frecuentemente se refiere a varones y mujeres en historias o acciones paralelas. Aquí el paralelismo pasa de un libro a otro: Los “dos varones” que les anunciaron a las mujeres que Jesús había resucitado ahora les anuncian a los discípulos que este Jesús resucitado volverá.

Aparte de esto, las dos narraciones de la ascensión en Lucas y Hechos dicen poco acerca del significado de la ascensión misma, pues prácticamente se limitan a contar los hechos.

En cuanto al significado de la ascensión, Lucas nos dice más en Hechos

7:55, 56: “Pero Esteban, lleno del Espíritu Santo y puestos los ojos en el cielo, vio la gloria de Dios, y a Jesús que estaba de pie a la diestra de Dios. Y dijo: ‘¡He aquí, veo los cielos abiertos y al Hijo del Hombre de pie a la diestra de Dios!’ ”. La presencia de Jesús a la diestra de Dios quiere decir que suyo es todo el poder de Dios y que, por tanto, Esteban puede confiar en él y en su poder. Jesús no es solo compasivo, sino también poderoso. Y es por eso, porque ve que en Jesús se combinan la compasión y el poder, que Esteban puede perdonar a quienes le apedrean. Si bien por el momento son esos apedreadores quienes parecen poderosos, y Esteban no es más que un pobre diablo herido y sangrante, en realidad es Esteban quien es poderoso. Y esto, no por virtud del propio Esteban, sino en virtud de quien está “a la diestra de Dios”, y a quien Esteban sirve.

Por último, todavía con referencia a los escritos de Lucas, cabe señalar que en su Evangelio, al referirse a la transfiguración de Jesús, Lucas incluye algo que ni Mateo ni Marcos incluyen. Marcos nos dice que Elías y Moisés “estaban hablando con Jesús” (Mar. 9:4), y Mateo dice prácticamente lo mismo: “hablando con él [Jesús]” (Mat. 17:3). Lucas no usa la palabra “transfigurar”, sino que dice que “la apariencia de su rostro se hizo otra” (Luc. 9:29). Pero lo más interesante es que Lucas sí nos dice de qué hablaban Jesús, Moisés y Elías: “hablaban de su partida” (v. 31). Esa partida no puede ser su muerte, pues en el resto del Evangelio se ve claramente que la muerte de Jesús no fue su partida. La palabra que aquí se traduce como “partida”, y en otras versiones como “salida”, literalmente es *éxodo*, que quiere decir “salida”. Pero en toda la historia bíblica esa palabra tiene otras connotaciones, pues el éxodo es la salida de Israel de Egipto, camino a la tierra prometida; por esta razón el segundo libro de la Biblia, que cuenta esa salida, se llama Éxodo. Moisés y Elías entonces están hablando con Jesús acerca de su éxodo, de su partida de la tierra; en otras palabras, de lo que culminaría en su ascensión. Y al hacerlo parecen estarlo relacionando con la salida de Egipto bajo la dirección de Moisés. En todo el Nuevo Testamento, así como en la literatura cristiana más antigua, la salida de Egipto, el éxodo, con el sacrificio de corderos para marcar las casas de los hebreos, y con la derrota del faraón, es sombra, figura o “tipo” de lo que se cuenta en los Evangelios y en todo el Nuevo Testamento. Por eso se habla repetidamente de Jesús como el Cordero de Dios o el Cordero pascual. Como la sangre de aquel otro cordero sirvió para la liberación de Israel y la derrota del faraón, así también la sangre de este Cordero de Dios es señal de la derrota del Maligno y de la

salida del pueblo de Dios camino a la tierra prometida. Luego, así como Moisés fue delante del pueblo en su salida de Egipto, así también Jesús irá delante del pueblo en su salida de la tierra.

En muchos otros pasajes se anuncia o se recuerda la ascensión. Entre los que la anuncian, bien pueden citarse los siguientes, del Evangelio de Juan:

Nadie ha subido al cielo sino el que descendió del cielo, el Hijo del Hombre. Y como Moisés levantó la serpiente en el desierto, así es necesario que el Hijo del Hombre sea levantado para que todo aquel que cree en él tenga vida eterna (Juan 3:13-15).

(Aquí cabe notar que el necesario que Jesús sea “levantado” para la salvación de quienes le siguen. Este pasaje se entiende comúnmente en el sentido de que Jesús ha de ser levantado en la cruz. Para esto hay buenas razones, pues la referencia a Moisés levantando la serpiente parece referirse a ese evento como una sombra o señal de la cruz. Pero también es posible entender el ser “levantado” como una referencia a la ascensión).

—¿Esto os escandaliza? ¿Y si vieran al Hijo del Hombre subir a donde estaba primero? (6:61, 62).

Jesús le dijo:

—Suéltame porque aún no he subido al Padre. Pero ve a mis hermanos y díles: “Yo subo a mi Padre y Padre de ustedes, a mi Dios y Dios de ustedes” (20:17).

Las referencias a la ascensión como un acontecimiento pasado aparecen ya en el discurso de Pedro antes de Pentecostés, al proponer que se nombrara a uno de entre los discípulos para que ocupara el puesto de Judas. Pedro sugiere que el elegido sea uno de los “que han estado junto con nosotros todo el tiempo que el Señor Jesús entraba y salía entre nosotros, comenzando desde el bautismo de Juan hasta el día en que fue tomado de nosotros y recibido arriba” (Hech. 1:21, 22). Y en el capítulo siguiente, en su discurso de Pentecostés, Pedro afirma que la ascensión de Jesús fue anunciada por David, y ahora se ha cumplido:

Porque David no subió a los cielos, pero él mismo [David] dice: El Señor dijo a mi Señor: “Siéntate a mi diestra, hasta que ponga a tus enemigos por estrado de tus pies”. Sepa, pues, con certidumbre toda la casa de Israel, que a este mismo Jesús a quien ustedes crucificaron, Dios lo ha hecho Señor y Cristo (Hech. 2:34-36).

A partir de ahí, a través de todo el Nuevo Testamento hay abundantes testimonios de la fe de los primeros cristianos en la ascensión del Señor. Uno

de ellos se encuentra en 1 Pedro: "...la resurrección de Jesucristo los salva... Ahora él, habiendo ascendido al cielo, está a la diestra de Dios; y los ángeles, las autoridades y los poderes están sujetos a él" (3:21, 22).

Estos pasajes y otros centran la atención en la presencia de Jesucristo en el cielo, junto al Padre, y en su prometido retorno a la tierra. Algunos de ellos, como Colosenses 3:1-4, señalan las consecuencias éticas de la presencia del Señor en los cielos. Otros son sobre todo un anuncio del futuro descenso y retorno del Señor. En 1 Timoteo 3:16 tenemos un himno de alabanza al Señor que está en el cielo:

Indiscutiblemente, grande es el misterio de la piedad: Él fue manifestado en carne, justificado por el Espíritu, visto por los ángeles, proclamado entre las naciones, creído en el mundo, y recibido arriba en gloria.

En Filipenses 2:5-11 tenemos uno de los más bellos himnos o cánticos del Nuevo Testamento, y en él también la ascensión tiene un lugar importante:

Haya en ustedes esta manera de pensar que hubo también en Cristo Jesús: Existiendo en forma de Dios, él no consideró el ser igual a Dios como algo a que aferrarse, sino que se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo haciéndose semejante a los hombres; y, hallándose en la condición de hombre, se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, ¡y muerte de cruz! Por lo cual, también Dios lo exaltó hasta lo sumo y le otorgó un nombre que es sobre todo nombre; para que en el nombre de Jesús se doble toda rodilla de los que están en los cielos, en la tierra y debajo de la tierra; y toda lengua confiese para gloria de Dios Padre que Jesucristo es Señor.

Aquí, en unas breves pero sonoras líneas, se resume toda la historia del Cristo, desde su existencia con el Padre antes de todos los tiempos, pasando por su encarnación, muerte, resurrección, exaltación, hasta su victoria final en la consumación de los tiempos. Nótese que el himno todo se construye en torno a lo que podríamos llamar el descenso y la ascensión de Jesús. El descenso empieza con las palabras: "se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo", que aparecen después de la afirmación de su divinidad ("Existiendo en forma de Dios") y de su deseo de encarnarse. Ese descenso culmina en la crucifixión ("haciéndose obediente hasta la muerte"), a la que inmediatamente sigue el ascenso ("también Dios le exaltó hasta lo sumo"). Cuando leemos este pasaje, resulta sorprendente que la crucifixión no se menciona como la grande y única acción redentora, sino que es más bien el punto máximo del descenso de Jesús. Igualmente notable es el hecho de que

ni siquiera se menciona la resurrección, que parece ser parte de la afirmación que Dios “le exaltó hasta lo sumo”. En pocas palabras, en este himno la obra salvífica de Jesucristo incluye toda su vida desde la encarnación hasta su glorificación final; y todo ello enmarcado dentro de un descenso y ascenso, de un bajar del cielo a la tierra, que conlleva dolor y muerte, y una ascensión o exaltación de la tierra al cielo, que incluye la resurrección y la victoria final, cuando “en el nombre de Jesús se doble toda rodilla”.

Todos estos pasajes en conjunto nos dicen mucho acerca de la importancia de la ascensión para la fe y la vida cristianas.

Hay empero dos libros del Nuevo Testamento cuyas referencias a la ascensión y sus consecuencias merecen una discusión mucho más detallada. Estos dos libros son Efesios y Hebreos.

Dos pasajes en Efesios, y el contexto todo de la epístola, son de importancia capital para nuestro estudio. Como bien dice el biblista mexicano Mariano Ávila: “Otros escritos paulinos se centran más en la muerte y resurrección de Jesús y en los efectos que dichas realidades tienen en la vida del cristiano... Pero Efesios se concentra en la ascensión y sus profundas implicaciones para la vida cristiana” (CBI, *Efesios*, 1:154-55). Efesios se refiere explícitamente a la ascensión en dos pasajes. Una ojeada al contexto del primero de esos dos pasajes en Efesios nos ayuda a entender lo que Ávila está diciendo, que la ascensión no es solamente un punto final, una salida que explica por qué los cristianos hoy no vemos el cuerpo físico y resucitado de Jesucristo. La ascensión es más bien un elemento fundamental en la obra salvadora de Jesús.

Ese primer pasaje se encuentra casi al principio de la epístola:

...conforme a la operación del dominio de su fuerza. Dios la ejerció en Cristo cuando lo resucitó de entre los muertos y lo hizo sentar a su diestra en los lugares celestiales, por encima de todo principado, autoridad, poder, señorío y todo nombre que sea nombrado, no solo en esta edad sino también en la venidera. Aun todas las cosas las sometió Dios bajo sus pies y lo puso a él por cabeza sobre todas las cosas para la iglesia, la cual es su cuerpo, la plenitud de aquel que todo lo llena en todo (Efe. 1:19-23).

Examinando el contexto de este primer pasaje, encontramos que la “fuerza” que operó en Cristo es la misma fuerza que se encuentra tras “la inmensurable grandeza de su poder para con nosotros los que creemos, conforme a la operación del dominio de su fuerza” (v. 19). En otras palabras, la fuerza que opera en la vida de los creyentes es nada menos que la misma fuerza que operó en la resurrección y la ascensión de Jesús. Esa

fuerza ha colocado a Jesús “por encima de todo principado...”. Aquí debemos detenernos para examinar las dos primeras palabras, “por encima” y “todo”, que se repiten más adelante en el mismo versículo.

Lo que nuestra Biblia traduce como “sobre” es *hyperáno*, en la que aparece el prefijo *hyper*, que significa “muy”, “muchísimo”, “en extremo”, como en nuestra palabra “hipermercado”, que es un mercado de gran extensión. Por eso, es preferible la traducción de la NVI: “muy por encima”. No se trata solamente de que Jesús esté por encima de todos esos otros poderes que se nombran a continuación. Se trata más bien de que su poder y autoridad están “muy por encima” del de ellos.

En cuanto a la palabra “todo”, nótese que aparece seis veces en los tres versículos (vv. 21-23): “*todo* principado y autoridad... *todo* nombre que se nombra ...*todas* las cosas [dos veces] ... *todo* lo llena en *todo*” (RVR-1960, énfasis añadido). Es una palabra que aparece con frecuencia en los escritos paulinos, particularmente en Colosenses y Efesios, para recalcar el alcance universal del poder de Cristo, de tal modo que nada hay que no esté bajo sus pies. Los principados y las autoridades pueden —y deben— entenderse de dos modos paralelos y complementarios. Por un lado, se refieren a las “espíritus de maldad” que se mencionan una vez más hacia el final de la epístola: “porque nuestra lucha no es contra sangre ni carne, sino contra principados, contra autoridades, contra los gobernantes de estas tinieblas, contra espíritus de maldad en los lugares celestiales” (Efe. 6:12). Pero, por otro lado, tanto aquí en los capítulos 1 como en el 6 que acabamos de citar, esos poderes son también las autoridades políticas y sociales que se rebelan contra los designios divinos. En el capítulo 6 esas autoridades son “los gobernantes de estas tinieblas”. En el pasaje que estamos estudiando del capítulo 1 son “todo principado, autoridad, poder, [y] señorío”. Numerosos eruditos han mostrado que estas palabras no se deben entender solamente como “milicias espirituales”, sino también como cualquier autoridad política o social. Por eso tiene razón Ávila al decir: “Es como si usáramos hoy palabras como presidente, gobernador, primer ministro o alcalde. Al mismo tiempo, tales poderes estaban bajo el control y dominio de poderes demoníacos” (CBI, *Efesios*, 1:156). Lo mismo parecen confirmar las sugerencias de algunos eruditos en el sentido de que la frase “todo nombre que sea nombrado” parece referirse particularmente a todos los nombres de supuestas divinidades que se invocaban en las ceremonias paganas.

En una palabra, el pasaje de Efesios 1 subraya el alcance cósmico de la obra salvadora de Jesucristo, y no lo hace enfatizando la cruz, sino más bien la resurrección y ascensión del Señor. El mensaje es de victoria, no

solamente por habernos lavado de pecado, o por haber pagado la deuda que teníamos para con Dios, sino también y sobre todo porque no se refiere a la victoria de los creyentes, sino a la victoria de Jesucristo, de la cual los creyentes son partícipes y beneficiarios. Este Jesucristo, a quien todas las cosas están sometidas, es el mismo Jesucristo que es cabeza de la iglesia, nuestra cabeza.

Lo mismo se dice, aunque más explícitamente, en el otro pasaje de Efesios que estudiaremos aquí, que aparece en el capítulo 4:

Sin embargo, a cada uno de nosotros nos ha sido conferida la gracia conforme a la medida de la dádiva de Cristo. Por esto dice: Subiendo a lo alto, llevó cautiva la cautividad y dio dones a los hombres. Pero esto de que subió, ¿qué quiere decir, a menos que hubiera descendido también a las partes más bajas de la tierra? El que descendió es el mismo que también ascendió por encima de todos los cielos para llenarlo todo. Y él mismo constituyó a unos apóstoles, a otros profetas, a otros evangelistas, y a otros pastores y maestros, a fin de capacitar a los santos para la obra del ministerio, para la edificación del cuerpo de Cristo, hasta que todos alcancemos la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios, hasta ser un hombre de plena madurez, hasta la medida de la estatura de la plenitud de Cristo (Efe. 4:7-13).

Este pasaje se discute mucho hoy, particularmente entre ciertos círculos que toman el versículo 11 como un patrón para toda la organización de la iglesia: apóstoles, profetas, evangelistas, etc. Pero en esa discusión frecuentemente perdemos de vista lo que aquí se dice acerca de la obra salvadora de Cristo. En primer lugar, cabe notar que aquí, al igual que en el pasaje que hemos estudiado de Filipenses 2, todo se construye en términos de un esquema de descenso y ascenso: “Pero esto de que subió, ¿qué quiere decir, a menos que hubiera descendido también a las partes más bajas de la tierra? El que descendió es el mismo que también ascendió por encima de todos los cielos para llenarlo todo”. En segundo lugar, pero no de menor importancia, notamos que aquí la obra salvadora de Jesucristo no está únicamente en su muerte, que se menciona solamente en las ya citadas palabras: “hubiera descendido también a las partes más bajas de la tierra”. La obra salvadora de Jesús está más bien en su victoria sobre los poderes que tenían esclavizada a la humanidad: “Subiendo a lo alto, llevó cautiva la cautividad”. Los poderes que antes tenían cautiva a la humanidad ahora son cautivos de Jesús.

Pero el pasaje no termina ahí, sino que ahora se refiere a un descenso, no ya de Jesús mismo, sino de sus dones. El que “llevó cautiva a la cautividad” es el mismo que “dio dones a los hombres”. Desde el cielo —o más

literalmente, desde “por encima de todos los cielos”— Jesús envía sus dones. Estos dones resultan en distintos oficios u operaciones —apóstoles, profetas, etc.— pero su propósito no es darles poder o autoridad a tales personas, sino más bien “capacitar a los santos para la obra del ministerio”.

Aquí conviene detenernos para subrayar que no es para *mi* ministerio ni para *tu* ministerio, sino para el ministerio de Jesús, que es *nuestro* ministerio solamente de una forma derivada. El énfasis de todo el pasaje está, no en los cargos o en la autoridad de cada cual, sino en la unidad. El pasaje mismo se introduce con una de las más conocidas afirmaciones de la unidad cristiana:

...procurando guardar la unidad del Espíritu en el vínculo de la paz. Hay un solo cuerpo y un solo Espíritu, así como han sido llamados a una sola esperanza de su llamamiento. Hay un solo Señor, una sola fe, un solo bautismo, un solo Dios y Padre de todos quien es sobre todos, a través de todos y en todos (Efe. 4:3-6).

Es solamente después de ese énfasis en la unidad, y como parte de él, que se introduce la diversidad de dones: “...a cada uno de nosotros nos ha sido conferida la gracia conforme a la medida de la dádiva de Cristo”. Y el mismo énfasis en la unidad aparece al final del pasaje, aunque esto no se ve claramente en nuestra traducción. Cuando se dice que la “edificación del cuerpo de Cristo” es “hasta que todos alcancemos”, esto no quiere decir “hasta que cada uno de nosotros llegue”, sino más bien “hasta que todos juntos lleguemos”. No se trata de la perfección de cada creyente, sino de la perfección del cuerpo de Cristo. Esto se ve con toda claridad al leer el pasaje detenidamente: Aquí se dice que la edificación del cuerpo de Cristo es “hasta que todos alcancemos la unidad de la fe”. Y el resultado de todo esto en *un* “hombre de plena madurez” —no muchas personas maduras, sino una madurez colectiva— como miembros del cuerpo de Cristo que se está edificando; como miembros de ese cuerpo que ahora llega “hasta la medida de la estatura de la plenitud de Cristo”. (Aunque este no es el lugar para una discusión sobre el tema, es importante señalar que todo esto implica una lectura de la diversidad de dones que es muy diferente del modo en que frecuentemente se emplea el pasaje. La diversidad no es para determinar quién tiene más autoridad sobre los demás, ni en qué difieren los diversos cargos en la iglesia, sino más bien para promover la unidad y el servicio: el ministerio. La cabeza es Cristo, y todos los demás no somos sino miembros de su cuerpo —todos útiles y necesarios—, pero ninguno superior al otro, ni por

naturaleza ni por los dones que el Espíritu Santo distribuye).

En el contexto de lo que estamos estudiando acerca de la ascensión de Cristo, todo esto significa que hay también un ascenso de la humanidad en virtud de los dones que el Resucitado y Ascendido le da a la iglesia. En pocas palabras, porque Jesús ascendió y llevó cautiva la cautividad, nosotros podemos ascender como parte de su cuerpo. Dicho radicalmente, la ascensión de Jesús es también primicias de nuestro ascenso. Jesús dice algo parecido en el Evangelio de Juan: “En la casa de mi Padre muchas moradas hay... Voy, pues, a preparar lugar para ustedes” (Juan 14:2). Y en Colosenses Pablo señala la relación entre la ascensión de Jesús y el ascenso humano: “Siendo, pues, que ustedes han resucitado con Cristo, busquen las cosas de arriba donde Cristo está sentado a la diestra de Dios” (Col. 3:1).

En Hebreos 2 hay un extenso pasaje que nos ayuda a entender el significado y la importancia de la ascensión. Pero antes de pasar a ese pasaje, sencillamente para mostrar que la ascensión de Jesús tiene un lugar importante en la teología de Hebreos, mencionemos otros pasajes que pueden ser de interés y que nos ayudan a entender el que estudiaremos con mayor detenimiento:

Por tanto, teniendo un gran sumo sacerdote que ha traspasado los cielos, Jesús el Hijo de Dios, retengamos nuestra confesión (Heb. 4:14).

...tengamos un fortísimo consuelo los que hemos acudido para asirnos de la esperanza puesta por delante. Tenemos la esperanza como ancla de la vida, segura y firme, y que penetra aun dentro del velo donde entró Jesús por nosotros como precursor (6:18-20).

...hecho más sublime que los cielos (7:26. RVR-1060). (Recuérdese lo que dijimos más arriba al comentar sobre Efesios 1:21: “muy por encima” o “sobre”).

Era, pues, necesario purificar las figuras de las cosas celestiales con estos ritos; pero las mismas cosas celestiales con sacrificios superiores a estos. Porque Cristo no entró en un lugar santísimo hecho de manos, figura del verdadero, sino en el cielo mismo para presentarse ahora delante de Dios a nuestro favor (9:23, 24).

El pasaje de Hebreos que ocupará nuestra atención, y que todos estos otros pasajes nos ayudarán a entender, es el siguiente:

Porque no fue a los ángeles a quienes Dios sometió el mundo venidero del cual hablamos. Pues alguien dio testimonio en un lugar diciendo:

¿Qué es el hombre, para que te acuerdes de él, o el hijo del hombre, para que tengas cuidado de él? Le has hecho por poco tiempo menor que los ángeles; le coronaste de gloria y de honra; todas las cosas sometiste debajo de sus pies. Al someter a él todas las cosas, no dejó nada que no

esté sometido a él. Pero ahora no vemos todavía todas las cosas sometidas a él. Sin embargo, vemos a Jesús, quien por poco tiempo fue hecho menor que los ángeles, coronado de gloria y honra por el padecimiento de la muerte, para que por la gracia de Dios gustase la muerte por todos.

Porque le convenía a Dios —por causa de quien y por medio de quien todas las cosas existen— perfeccionar al Autor de la salvación de ellos, por medio de los padecimientos, para conducir a muchos hijos a la gloria. Pues tanto el que santifica como los que son santificados, todos provienen de uno. Por esta razón, él no se avergüenza de llamarlos hermanos diciendo:

Anunciaré a mis hermanos tu nombre; en medio de la congregación te alabaré. Y otra vez: Yo pondré mi confianza en él. Y otra vez: He aquí, yo y los hijos que Dios me dio. Por tanto, puesto que los hijos han participado de carne y sangre, de igual manera él participó también de lo mismo para destruir por medio de la muerte al que tenía el dominio sobre la muerte (este es el diablo), y para librar a los que por el temor de la muerte estaban toda la vida condenados a esclavitud. Porque ciertamente él no tomó para sí a los ángeles sino a la descendencia de Abraham. Por tanto, era preciso que en todo fuese hecho semejante a sus hermanos a fin de ser un sumo sacerdote misericordioso y fiel en el servicio delante de Dios, para expiar los pecados del pueblo. Porque en cuanto él mismo padeció siendo tentado, es poderoso para socorrer a los que son tentados (Heb. 2:5-18).

Este pasaje es difícil de seguir porque, además de sorprendernos con algunas cosas inesperadas, el orden en que se presentan las ideas puede confundirnos. Por tanto, vale la pena, al tiempo que lo examinamos, también parafrasearlo. El principio del pasaje muestra claramente que lo que sigue tiene que ver con “el mundo venidero del cual hablamos”. Pero lo que antecede es también una comparación entre los ángeles y el Señor. Allí (vv. 2, 3) se compara la “palabra dicha por los ángeles”, que es firme, de modo que “toda transgresión y desobediencia recibió justa retribución”, con la salvación anunciada primero por el Señor, y luego confirmada por quienes la oyeron de él. Ahora, el pasaje que estudiamos sigue comparando a los ángeles con los humanos. Por muy importante que sean los ángeles, no fue a ellos que Dios les concedió autoridad sobre ese mundo venidero. Aunque pueda sorprendernos, lo que el autor está diciendo es que esa autoridad le ha sido prometida al ser humano. Para mostrarlo, cita las bien conocidas palabras del Salmo 8, que a su vez se inspiran en Génesis 1:26, 27:

“¿Qué es el hombre, para que de él te acuerdes; y el hijo de hombre, para que lo visites?”. Lo has hecho un poco menor que los ángeles, y lo

has coronado de gloria y de esplendor. Le has hecho señorear sobre las obras de tus manos; todo lo has puesto debajo de sus pies (Sal. 8:4-6).

(Las palabras del texto hebreo en el v. 5 pueden traducirse como “poco menor que Dios” o como “poco menor que los seres celestiales”. La antigua traducción al griego producida por los judíos antes de tiempos de Cristo [la Septuaginta] sigue la segunda opción, y lo mismo hace aquí nuestra versión).

Sin embargo, esto crea una dificultad, pues, aunque el Salmo 8 diga que todas las cosas le están sujetas, “ahora no vemos todavía todas las cosas sometidas” (Heb. 2:8). En otras palabras, lo que el Salmo 8 dice no parece ser verdad. Todavía hay fieras que no obedecen a los humanos. Todavía hay tempestades y terremotos que no nos obedecen. Lo que es más, todavía estamos sujetos a fuerzas torcidas que nos llevan al mal. Y estamos también sujetos a la muerte, que parece deshacer toda nuestra potestad. Luego, se podría pensar que lo que dice el Salmo 8 no es verdad. Pero no es así, pues “vemos a Jesús, quien por poco tiempo fue hecho menor que los ángeles, coronado de gloria y honra” (v. 9). Aquí alguien podría pensar que Hebreos está diciendo que los ángeles están por naturaleza por encima de Jesús. En tal caso, nótese que buena parte del argumento del capítulo 1 es que Jesús es superior a los ángeles. Allí lo dice claramente: “Fue hecho tanto superior a los ángeles, así como el nombre que ha heredado es más excelente que el de ellos” (Heb. 1:4). Y después cita siete pasajes del Antiguo Testamento para probar este punto. Volviendo entonces al capítulo 2, nótese que aquí el autor retoma otra línea del salmo: “lo hiciste un poco menor que los ángeles”. Luego, según Hebreos lo interpreta, al decir que Dios lo hizo “por poco tiempo menor que los ángeles” el Salmo no se refiere ante todo al ser humano en general, sino a Jesús, y a este “coronado de gloria y de honra”. Es en este que se ha hecho carne que vemos al ser humano gozando de autoridad, de honra y de gloria por encima de toda la creación. Pero le vemos coronado, no sencillamente por ser “por causa de quien y por medio de quien todas las cosas existen”, sino que ha sido “coronado de gloria y honra por el padecimiento de la muerte”. El Salvador sufre “para que por la gracia de Dios gustara la muerte por todos”. Ese sufrimiento es tal que le hace perfecto salvador, pues así “el que santifica como los que son santificados, todos provienen de uno”. Y esto a tal punto que “no se avergüenza de llamarlos hermanos”.

Cuando así leemos con detenimiento este pasaje en Hebreos, vemos

que hay gran semejanza entre lo que dice el himno de Filipenses 2 y lo que Hebreos dice aquí. Ciertamente, hay diferencias de estilo. Filipenses lo expresa en forma poética que se hace más penetrante por su brevedad y dramatismo. Hebreos lo presenta por medio de una prosa más detallada y complicada, apoyada con referencias bíblicas. Pero ambos concuerdan en lo esencial: Primero, Jesús es el Salvador porque se hace uno de nosotros. Filipenses dice: “tomando forma de siervo”; Hebreos dice: “puesto que los hijos han participado de carne y sangre, de igual manera él participó también de lo mismo”. Segundo, Jesucristo es Salvador no solamente por su poder, sino también por sus sufrimientos y humillación. Filipenses dice: “se humilló a sí mismo haciéndose obediente hasta la muerte, ¡y muerte de cruz!”; Hebreos dice: “coronado de gloria y de honra por el padecimiento de la muerte, para que por la gracia de Dios gustase la muerte por todos”.

Y hay también un paralelismo entre lo que dice Hebreos y lo que hemos visto en Efesios. En Efesios, Jesús, “subiendo a lo alto, llevó cautiva la cautividad”; aquí en Hebreos, Jesús participó de carne y de sangre “para destruir por medio de la muerte al que tenía el dominio sobre la muerte (este es el diablo), y para librar a todos los que por el temor de la muerte estaban toda la vida condenados a esclavitud”.

Hebreos vuelve entonces a la comparación entre los ángeles y los humanos. Antes dijo que no fue a los ángeles que Dios sujetó el mundo venidero, sino a los humanos, y que aunque no veamos todavía que todo esté sujeto a los humanos, sí vemos a Jesucristo, quien se ha hecho humano (“poco... menor que los ángeles”) para mediante el sufrimiento ser coronado de honra y de gloria. Ahora va más lejos, y nos dice que “no tomó para sí a los ángeles sino a la descendencia de Abraham”. Esto puede sorprendernos, pues la opinión común entre creyentes hoy es que hay una jerarquía de seres en la que por encima de todos bajo Dios están los ángeles, luego los humanos, y luego el resto de la creación. Lo que nos lleva a pensar así es una cosmovisión jerárquica que vino a dominar el pensamiento cristiano durante la Edad Media. Pero debemos notar que hay ya en el Nuevo Testamento, así como en la iglesia más antigua, una visión diferente en la que el ser humano está bajo la tutela de los ángeles por lo presente; pero cuando llegue a la perfección, como hijo

adoptivo de Dios que es, no estará ya abajo la tutela angélica. (No olvidemos que Pablo les dice a las corintios que los creyentes han de juzgar a los ángeles [1 Cor. 6:3]).

Hebreos nos sirve también para subrayar un elemento esencial en la doctrina de la ascensión que frecuentemente se descuida: en la ascensión, Jesucristo no deja detrás su naturaleza humana, sino que la lleva consigo. Hebreos lo afirma claramente en un largo pasaje al final del capítulo 4 y al principio del 5:

Por tanto, teniendo un gran sumo sacerdote que ha traspasado los cielos, Jesús el Hijo de Dios, retengamos nuestra confesión. Porque no tenemos un sumo sacerdote que no puede compadecerse de nuestras debilidades, pues él fue tentado en todo igual que nosotros pero sin pecado. Acerquémonos, pues, con confianza al trono de la gracia para que alcancemos misericordia y hallemos gracia para el oportuno socorro.

Pues todo sumo sacerdote que es tomado de entre los hombres es constituido para servicio a favor de los hombres delante de Dios, para que ofrezca ofrendas y sacrificios por los pecados. Él puede sentir compasión de los ignorantes y de los extraviados, ya que él también está rodeado de debilidad. Y por causa de esta debilidad debe ofrecer sacrificio, tanto por sus propios pecados como por los del pueblo. Y nadie toma esta honra para sí sino porque ha sido llamado por Dios, como lo fue Aarón.

Así también Cristo no se glorificó a sí mismo para ser hecho sumo sacerdote sino que lo glorificó el que le dijo:

Hijo mío eres tú; yo te he engendrado hoy. Como también dice en otro lugar:

Tú eres sacerdote para siempre según el orden de Melquisedec.

Cristo, en los días de su vida física, habiendo ofrecido ruegos y súplicas con fuerte clamor y lágrimas al que lo podía librar de la muerte, fue oído por su temor reverente. Aunque era Hijo, aprendió la obediencia por lo que padeció. Y habiendo sido perfeccionado, llegó a ser Autor de eterna salvación para todos los que le obedecen (Heb. 4:14–5:9).

Todo este pasaje muestra claramente que Jesucristo es nuestro sumo sacerdote ante el trono celestial, no solamente por su divinidad, sino también y sobre todo por su humanidad. Por su ascensión, tenemos un sumo sacerdote que “ha traspasado los cielos”; lo cual es otro modo de decir lo que vimos antes, que está por encima de todo, en el lugar santísimo que es la presencia de Dios. Pero ese sumo sacerdote, con todo y ser plenamente divino, es también humano. Es tan humano, que “aprendió la obediencia por lo que padeció”. Ese mismo aprendizaje le perfeccionó de tal

modo que puede ser “Autor de eterna salvación para todos los que le obedecen”. Ese es el trasfondo de las tan citadas palabras de este pasaje: “no tenemos un sumo sacerdote que no puede compadecerse de nuestras debilidades, pues él fue tentado en todo igual que nosotros pero sin pecado”. Y es por razón de ese trasfondo que podemos acercarnos “con confianza al trono de la gracia”. Tal confianza se debe en parte a que este quien intercede por nosotros no es solamente divino —tan divino como el Padre—, sino también humano: tan humano como cualquiera de nosotros, y hasta más.

Hebreos insiste en esa humanidad del divino Salvador que ha traspasado los cielos. Por eso dice que “todo sumo sacerdote que es tomado de entre los hombres es constituido para servicio a favor de los hombres delante de Dios”. Un sacerdote es parte del pueblo a quien representa ante el trono de Dios. Este sumo sacerdote que es Jesucristo es también uno de nosotros. Todo esto es parte de la maravilla de la encarnación: Dios se hizo humano —se hizo uno de nosotros— no solamente durante los aproximadamente 30 años en que estuvo entre nosotros según la carne, ¡sino eternamente! La ascensión nos recuerda que, gracias al amor de Dios, ¡uno de entre nosotros se sienta en el trono de majestad! Es Dios quien se sienta en el trono; ¡y es también Dios quien se presenta ante el trono para interceder por nosotros!

Resumiendo lo más importante de lo dicho hasta aquí, debemos subrayar que la doctrina de la ascensión de Jesucristo no es solamente un modo de darle punto final a la historia de Jesús, o de explicar dónde está su cuerpo. La ascensión es parte de la obra salvadora de Jesús, al igual que su encarnación, su crucifixión y su resurrección. Jesús nos salva porque se hizo carne. Nos salva porque murió. Nos salva porque resucitó. Nos salva porque ascendió. Nos salva porque venció los poderes del mal. Nos salva porque ha de reinar. ¡Nos salva porque, siendo Dios eterno, es también uno de nosotros!